

derlos. Como soldados comprendían mucho mejor la verdadera posición del soldado, la inexorable necesidad de la disciplina que había pesado sobre aquellos suizos y les había convertido en culpables contra su voluntad.

Lacroix, que dió este consejo, violento en apariencia, en realidad humano, para que inmediatamente fuesen juzgados los vencidos por un tribunal marcial, era un hombre demasiado secundario para que no busquemos más arriba á quién pertenece la iniciativa real de esta gran medida. Lacroix militaba entonces en las filas de la Gironda, pero ya, y cada vez más, estaba unido en espíritu á Danton. Lo que tenían común era la facilidad de carácter, el amor á la vida, al placer; los dos eran hombres de energía, y bajo formas ásperas, violentas, no eran en modo alguno enemigos de la humanidad. No creo que la proposición fuera inspirada por los Girondinos, poco amigos de las formas militares. Los montañeses, en general, tampoco eran partidarios de ellas, Robespierre lo mismo que Brissot. Me inclino á creer que Lacroix era intérprete del pensamiento de Danton.

Lo que hace suponer que aquella medida habría evitado el derramamiento de sangre, es que la rechazó la Comuna. Colocada en el centro mismo de la conmoción popular, lejos de calmar el espíritu de venganza, iba irritándole siempre. No se atrevía á decir claramente que temía que los federados militares fuesen demasiado generosos con los vencidos; el 13 pidió únicamente que en vez de tribunal marcial se crease un tribunal formado en parte de federados y en parte de miembros de las secciones de París.

El 15 se envalentonó, no habló ya de federados, y pidió que el juicio se hiciera por comisionados tomados de cada sección. Los que en tal momento se escogiesen habían de ser precisamente los más violentos de las secciones, y probablemente los mismos miembros de la Comuna. En otros términos, la Comuna rogaba á la Asamblea que encargase á la misma Comuna que juzgase á muerte á todos los que habían sido detenidos y á los que se detuvieran. ¿Hasta dónde llegarían? No podía preverse. El 12, una banda de peticionarios había ido hasta los mismos bancos de la Asamblea nacional á designar como traidor á un diputado, pidiendo que fuese juzgado.

Nada puede extrañar de la Comuna, sabiendo quién es el oráculo que comenzaba á consultar. El 10 por la noche, una tropa horrible de gentes ebrias y de pilluelos habían acompañado con gran ruido hasta el Hotel de Ville al hombre de las tinieblas, al exhumado, al resucitado, al mártir y al profeta, al divino Marat. Era el vencedor del 10 de Agosto, según decían ellos. Le habían paseado triunfalmente por París, sin que se resintiese su modestia. Le llevaron en brazos, coronado de laurel y le depositaron allí, en medio del gran consejo de la Comuna. Varios se rieron, muchos se estremecieron; todos fueron arrastrados. Sólo él no tenía ninguna duda, ni escrúpulo, ni vacilación. La terrible se-

guridad de un loco que no sabe nada de los obstáculos del mundo ni de los de la conciencia se traslucía en su persona. Su frente amarilla, su vasto rictus de reptil, sonreían espantosamente bajo su corona de laurel. Desde aquel día fué asiduo á la Comuna, aunque no fuera de sus miembros y habló siempre muy alto. Los políticos hubieron de pensar si seguirían hasta al fin á un alienado. ¿Pero cómo atreverse á contradecir á Marat delante de aquella multitud furiosa? Danton no se hubiera atrevido; se contentaba con ir poco á la Comuna. Robespierre, que formaba parte de ella, aun lo hubiera osado menos. La cosa debió costarle cara.

La Comuna adoptó varias decisiones verdaderamente sorprendentes, y entre otras, esta dictada evidentemente por Marat: «Que en adelante las prensas de los envenenadores realistas serían confiscadas y adjudicadas á los impresores patriotas.» Antes de que se tomara tan hermoso acuerdo, el mismo Marat lo había ejecutado. Se había ido derecho á la imprenta real declarando que las prensas y la fundición de aquel establecimiento pertenecían al primero, al más grande de los periodistas, y no limitándose á decirlo, había tomado por derecho de conquista la prensa y la letra que le pareció y se lo llevó todo á su casa.

Tenía, pues, que decidir la Asamblea si entregaría á la Comuna, de tal modo dirigida, la espada de la justicia nacional. ¿Cuál sería esta justicia? Los unos querían un tribunal vengador, rápido, expeditivo. Marat prefería un degüello. Esta idea, lejos de oponerse á su filantropía, era, decía él, su característica: «Me disputan, decía, el título de filántropo... ¡Ah! ¡qué injusticia! ¿Quién no ve que quiero cortar un pequeño número de cabezas para salvar un gran número?...» En lo que variaba es en este pequeño número; en los últimos días de su vida había fijado, no sé por qué, como cifra mínima la de 273.000.

El tribunal de venganza podía evitar el degüello. La Comuna, por conducto de Robespierre, pidió á la Asamblea la creación inmediata de aquél. Presentada en forma suave, con distingos insidiosos, mezclados con amenazas, fué recibida la proposición con un profundo silencio. Un solo diputado (Chabot) se levantó para apoyarla. Y sin embargo pasó. Se pensó eludir la proposición en la práctica, pero fué acordada en principio.

Desde aquel momento, de hora en hora, peticiones amenazadoras se presentaron á pedir la ejecución del decreto aprobado. En una noche se sucedieron en la barra tres diputaciones de la Comuna. La tercera llegó á decir: «Si no decidís nada, vamos á esperar.» El 17 se presentó una nueva diputación diciendo: «El pueblo está cansado de no vengarse; temed que se haga él mismo justicia. Esta noche, á media noche, se tocará á somatén. Es preciso un tribunal criminal en las Tullerías, un juez por cada sección. Luis XVI y Antonieta querían sangre, pues que vean correr la de sus satélites.»

A esta brutal violencia, el jacobino Choudieu, y Thuriot, amigo

de Danton, contestaron noblemente. El primero dijo: «Los que vienen aquí á gritar no son los amigos del pueblo; son sus aduladores... Se quiere una inquisición; yo me opondré hasta morir...»

Y Thuriot esta frase sublime: «La Revolución no es solamente de Francia; somos responsables de ella ante la humanidad.»

En aquel momento entraban los de las secciones encargados por la Comuna de formar el jurado. Uno de ellos dijo: «Estáis á oscuras de lo que sucede. Si antes de dos ó tres horas no ha sido nombrado el director del jurado, si los jurados no están en disposición de funcionar, ocurrirán grandes desgracias en París.»

La Asamblea obedeció inmediatamente, y votó la creación de un tribunal extraordinario, con una precaución, sin embargo: la de la elección por dos grados, como para los diputados; el pueblo nombraba un elector por sección, y estos electores nombraban los jueces.

Los negros nubarrones del exterior, la tormenta de la frontera, velaban, preciso es decirlo el interior, con un negro velo; cada vez se distinguía menos la imagen de la justicia. Se recibían cartas, como otros tantos gritos de las ciudades fronterizas, como los cañonazos del cañón de alarma que de momento en momento disparaba el buque nacional que parecía próximo á zozobrar. Ya era en Thionville, ya Sarrelouis, los que llamaban á la Asamblea. Decía la primera que, abandonada por Francia, antes volaría que abrir sus puertas. Los prusianos habían salido de Coblenza el 30 de Julio con un magnífico cuerpo de caballería de emigrados, noventa escuadrones. El 18 de Agosto los prusianos operaron su unión con el general austriaco Clarifay. El ejército combinado, compuesto de cien mil hombres, atacó Longwy el 20 de Agosto.

¿Qué defensa había en el interior? Merlin de Thionville dijo en la Asamblea que en el comité de vigilancia había cuatrocientas cartas *demonstrando que el plan y la época de la invasión eran conocidos en París desde hacía mucho tiempo*. En realidad la reina y muchos realistas tenían el itinerario del enemigo, le veían caminar sobre el mapa y le seguían día por día.

Parecía que Lafayette no veía enemigos más que en los Jacobinos. En una proclama pedía á su ejército que restableciese la Constitución, deshiciese el 10 de Agosto y restaurase al rey. Esto equivalía á meter al enemigo en París. No hay ejemplo de semejante infatuación. Afortunadamente no encontró apoyo ninguno en su ejército. Revistó las tropas y no oyó más grito que: «¡Viva la nación!» Se vió solo y no tuvo más remedio que pasar la frontera. Los austriacos le hicieron el gran favor de detenerle y con esto le rehabilitaron. Sin aquella cautividad estaba perdido: sobre su memoria habría quedado una sombra muy negra.

El 16 decretó la Asamblea la acusación. El mando del Este le fué conferido á Dumouriez, y en el Norte, Luckner fué reemplazado por Kellermann.

El mismo día, el 18, estaba ya organizado el tribunal extraordinario. Danton aprovechó la ocasión y creyó poner coto á las venganzas. En una proposición admirable en la que parecen que laten con el gran corazón de Danton el talento de sus secretarios, Camilo Desmoulins y Fabre d'Eglantine, planteó el derecho revolucionario, el derecho del 10 de Agosto, hirió de muerte la monarquía, demostrando que había hecho traición hasta sus propios amigos. Pero al mismo tiempo, empleando los términos del terror, sentaba, para el nuevo orden, las bases de la justicia.

Este discurso, inspirado al par que calculado, tenía en cuenta á las dos potencias: una, la Comuna de París, «sancionada por la Asamblea nacional;» Danton la realzaba generosamente: «Felicitémosla, decía, por sus decretos libertadores.»

Con un admirable espíritu de previsión, señalaba á lo lejos el mal social, muy profundo, que cubría la agitación revolucionaria; á los primeros rugidos subterráneos, que nadie oía bien todavía, aquel genio penetrante adivinaba y señalaba el volcán. ¡Cosa notable! en aquel discurso profético se ocupa Danton de Babeuf y le ve en espíritu; aquel que no debe aparecer hasta que todos los grandes hombres de la Revolución descansen bajo tierra, Danton le ve y le condena, dejando á la sociedad para que se defienda algún día la autoridad de su nombre: «Todos mis pensamientos, dice, no han tenido más objeto que la libertad política é individual, el mantenimiento de las leyes, la tranquilidad pública, la unidad de los ochenta y tres departamentos, el esplendor del Estado, la prosperidad del pueblo francés, y no la *igualdad imposible* de los bienes, si no una igualdad de derecho y felicidad.

En resumen, en aquella proposición, hábilmente violenta, entre el trueno y los rayos del 10 de Agosto, proclamaba Danton todo lo que la situación permitía de razón y de justicia. Hacía constar la unión de los poderes públicos, la suya con la misma Gironda; decía que no dirigía á los tribunales más reproches que los que Roland, el ministro del interior, dirigía á los cuerpos administrativos. Se asociaba á la pasión popular, para calmarla; pedía á los tribunales la severidad, que únicamente en semejante momento podía producir en los corazones una reacción en favor de la clemencia. La proposición terminaba con estas graves palabras: «Que comience la justicia de los tribunales y cesará la justicia del pueblo.»

Por un momento pareció la Asamblea animada de semejante espíritu. Todo se había salvado si enarbolaba con mano firme, como pedía Danton, la bandera de la Revolución y la tremolaba ante el pueblo. Dió dos grandes golpes revolucionarios: *sobre los nobles*, el secuestro de los bienes de los emigrados, que entraban en Francia con armas; *sobre los curas* no juramentados, la expulsión en el plazo de quince días. Esta última medida no parecía demasiado violenta, al saber que la Vendee, que los Dos-Sevres, excitados por sus predicaciones, acababan

de alzarse en armas. La indignación llegó hasta el punto de que Vergniaud, el hombre más humano de todos, propuso que se deportase á los refractarios á la Guyena.

Esta severidad no era bastante para la Comuna. Los suplicios que comenzaron tampoco la calmaron. El tribunal extraordinario, sin dilaciones y sin apelaciones, creado el 18, juzgó el 19 y el 20; el 21 por la noche fué guillotinado un realista en la plaza del Carrousel. La ejecución á la luz de las antorchas, ante la negra fachada del palacio, aun salpicada de sangre, resultó de un efecto siniestro. El mismo verdugo, á pesar de lo acostumbrado á tales espectáculos, no pudo resistirlo. En el momento en que cogía la cabeza del ejecutado y la mostraba al pueblo desde lo alto del cadalso, cayó de espaldas. Corrieron á sostenerle, pero estaba muerto.

Aquella escena terrible, la ejecución de Laporte, el fiel confidente de Luis XVI, produjeron terrible sensación. Laporte había sido el principal agente de las corrupciones de la corte; no tenía más que una disculpa, que había sido mandado. Aparte de esto, en su vida privada era estimado y considerado. Su blanca cabeza no cayó sin excitar alguna piedad. La *Crónica de París*, diario de Condorcet, intentó en aquella ocasión ablandar los corazones.

Parece que la Comuna debía estar contenta del nuevo tribunal que ella había pedido, creado y escogido. No daba menos de una cabeza por día; sin embargo, se quejaba de su lentitud y creyó necesario justificarse. En un libro preciosamente encuadernado, explicaron los miembros del tribunal el enorme trabajo que se habían impuesto para obtener tan satisfactorios resultados: «En conciencia, decían, no se puede ir más aprisa. El folleto está firmado por nombres que, solos, dicen bastante, entre otros Fouquier-Tinville.»

Pero no era un juez por severo que fuese, lo que se deseaba: hacía falta una matanza. El 23 por la noche una diputación de la Comuna, seguida de una multitud de gente del pueblo, se presentó á eso de la media noche en la Asamblea nacional y pronunció estas furiosas palabras: «Que debían ser traídos los prisioneros de Orleans para sufrir su suplicio.» No decían: *Para ser juzgados*, considerando sin duda esta formalidad como absolutamente superflua. Añadían esta amenaza: «Ya nos habéis oído y sabéis que la insurrección es un deber sagrado.»

El presidente de la Asamblea, Lacroix, estuvo muy inspirado en aquel momento. Ante aquella turba furiosa ó ebria que invadía la sala en aquella hora sombría de la noche, habló con el vigor de un amigo de Danton, Lacroix era un militar veterano de formas atléticas, de estatura colosal; con majestuosa calma, dijo: «Nosotros hemos cumplido con nuestro deber... Si nuestra muerte es necesaria para probárselo al pueblo, puede disponer de nuestra vida... Decídselo á nuestros comitentes.» Los Jacobinos más exaltados, los mismos Chodieu y Bazire, se mostra-

ron indignados por aquellas amenazas; propusieron y lograron que se pasase á la orden del día.

El 25 por la noche guillotinaba en el Carrousel á un libelista realista; en las Tullerías se ocupaban de los preparativos de una fiesta nacional, la de los muertos el 10 de Agosto. En la Asamblea y en París circuló el rumor de que la plaza de Longwy se había rendido á los prusianos. Los voluntarios de las Ardenes y de la Cote-d'Or, se habían portado admirablemente. Pero la malevolencia había anulado y ocultado todos los medios de defensa. En el momento del ataque había sido imposible encontrar al comandante. La Asamblea recibió y leyó la misma carta en que los emigrados habían acordado su defección. La ciudad fué ocupada por los extranjeros «en nombre de S. M. el rey de Francia.» La traición era flagrante. Se decretó, en el momento mismo, que todo ciudadano que en una plaza sitiada hablase de rendirse, sería castigado con la muerte. Inmediatamente se reclutaron treinta mil hombres en París y en los departamentos próximos. Sin embargo de esto, se verificó la fiesta el domingo 27; pero aquella fiesta de los muertos, por un pueblo que se hallaba traicionado y vendido, resultó en realidad la fiesta de la venganza.

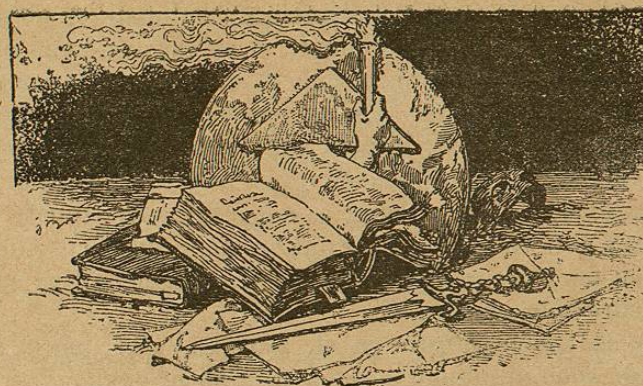
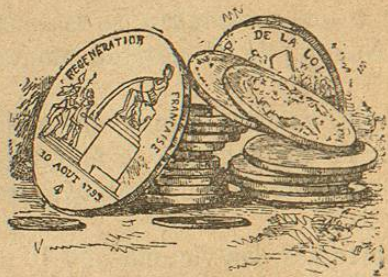
El organizador de la fiesta era Sergent, uno de los admiradores de la Comuna, hombre de mucho corazón, de sensibilidad ardiente, pero como lo son á menudo las mujeres, sensible hasta el furor. Grabador y dibujante mediocre, encontró entonces, en su fanatismo, una verdadera inspiración. Jamás hubo fiesta alguna más á propósito para inundar las almas de luto y de venganza, de dolor asesino. Había sido construída una pirámide sobre la gran fuente de las Tullerías, cubierta de bayeta negra, con inscripciones que recordaban las matanzas que se achacaban á los realistas: las de Nancy, de Nimes, de Montauban, del Campo de Marte, etc.

Aquella pirámide de muerte erigida en el jardín tenía su *pendant* en el Carrousel, el instrumento de muerte, la guillotina. Y las dos funcionaban al mismo tiempo: una mataba, otra parecía que invitaba á matar.

Entre nubes de perfumes, las víctimas del 10 de Agosto, las viudas y los huérfanos, vestidos de blanco con lazos negros, llevaban en un arca la petición del 17 de Julio del 91, que desde entonces había pedido en vano la República. Seguían luego enormes sarcófagos negros, que contenían al parecer, montañas de carne humana. Después iba la Ley, colosal, armada de su cuchilla, y detrás los jueces, todos los tribunales y á su frente el tribunal del 17 de Agosto. Detrás de este tribunal marchaba el que había creado la terrible Comuna con la estatua de la Libertad. Por fin, la Asamblea nacional, llevando coronas cívicas para honrar y consolar á los muertos. Los cánticos severos de Chenier, la música áspera y terrible de Gorsec, la noche que llegaba y llevaba su luto, el incienso que subía, como para elevar al cielo la voz de la ven-

ganza, todo inundó los corazones de una embriaguez de muerte ó de sentimientos sombríos.

Al día siguiente aun fué peor. Las dos estatuas de la Libertad y de la Ley, aquellas figuras adoradas por el pueblo, que el domingo eran miradas como dioses, fueron despojadas de sus adornos, expuestas tristemente á las miradas sus partes menós honorables que habían sido veladas con paños, no sin algunas burlas imprudentes de los espectadores realistas. La multitud se enfureció, corrió á la Asamblea pidiendo venganza, afirmando que aquella deshonra era una desesperación; que obreros pérfidos habían desnudado vergonzosamente á sus divinidades para entregarlas al desprecio de los aristócratas. Se apoderó de las estatuas, las vistió decentemente, las llevó como en desagravio á la plaza de Luis XV, y allí las tributó un culto frenético.



CAPITULO IX

LA invasión, terror y furor del pueblo (fin de Agosto).

Terror de París ante la noticia de la invasión (Agosto Septiembre 92).—Espera de un juicio solemne de la Revolución por los reyes.—Francia se vé sorprendida y fraccionada.—El rey prisionero era aun muy formidable.—Heroico impulso de Francia entera.—Nuestros enemigos en este cuadro inmenso no han querido ver más que un punto, una mancha de sangre.—Francia entera se da á la patria.—Abnegación y desesperación de las mujeres y de las madres.—Danton fué entonces la voz de Francia.—Pide las visitas domiciliarias.—Lucha de la Asamblea y de la Comuna.—La Asamblea intenta destruirla.—La Comuna quiere sostenerse por todos los medios.—Disposiciones á la matanza (fin de Agosto 92).

La acción de Longwy, la de Verdun, que se supo muy poco después, produjeron en París una sombría impresión de vértigo y de terror. Ya no había nada seguro. Era demasiado visible que el extranjero tenía inteligencias en todas partes. Avanzaba con una seguridad, una confianza significativa, como en un país suyo. ¿Quién le detendría antes de París? Nadie seguramente. ¿Aquí mismo, que resistencia sería posible, en medio de tantos traidores? ¿Y cómo distinguirlos? Todo el mundo sospechaba de su vecino; en las plazas y en las calles los transeúntes se miraban con desconfianza, inquietos; todos creían ver en todos á los amigos del enemigo.

Es indudable que un gran número de malos franceses le esperaban, le llamaban, se regocijaban por su proximidad, saboreaban la esperanza de la derrota de la libertad y la humillación de su país. En unas cartas halladas el 10 de Agosto en las Tullerías y que se guardan en nuestro Archivo, se anunciaba con alegría que los tribunales llegaban detrás de los ejércitos, que los parlamentarios emigrados instruían, mientras caminaban, en el campo del rey de Prusia, el proceso de la Revolución, preparaban las horcas para los Jacobinos. Ya, sin duda, á fin de proveer á estos tribunales la caballería austriaca en los alrededores de Sarrelouis prendía á las madres patriotas y á los republicanos conocidos. Con